

## SUMARIO

*Las operaciones del 1 al 15 de Septiembre*, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—*Granadas de mano*, por Manuel Sagrado Marchena, 2.º teniente del regimiento de infantería de la Reina, n.º 2.—*España en Marruecos*, por Antonio García Pérez, capitán de la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.—*Bibliografía*.

### BIBLIOTECA

Pliego 22 de «La Argelia francesa», por D. Federico Pita Espelosin, capitán de infantería.

Pliego 17 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.  
Pliego 2 y 3 de «Pensamientos y máximas militares de Napoleón».

---

### LAS OPERACIONES DEL 1 AL 15 DE SEPTIEMBRE

Las operaciones realizadas por la columna del general Aguilera, partiendo del Zoco de El-Arba, y muy especialmente las ejecutadas por las tropas del coronel Larrea en la comarca inmediata al Muluya, han sido los acontecimientos militares más salientes de la primera quincena de septiembre. Esas operaciones, tan hábiles como afortunadas, han tenido una múltiple finalidad: castigar á las tribus que habían proporcionado combatientes y auxilios á la harka rifeña; mostrarles la disciplina y el poder de nuestro ejército; pacificar la región que se extiende entre Zeluan, el Muluya y el mar, asegurando de este modo nuestro flanco izquierdo; reconocer el terreno y acostumar á él á nuestros soldados; y extender la zona de la influencia española hasta la sometida á la influencia francesa. Han revestido, pues, caracteres de represión, de pacificación y de previsión conjuntamente, y su alcance ha sido á la vez militar y político.

La misión encomendada á las dos columnas, pero de un modo principal á la del coronel Larrea, era verdaderamente difícil, porque requería tanto tacto como firmeza, tantas cualidades militares como dotes políticas. El éxito ha sido indiscutible y punto menos que sorprendente, desde cualquier punto de vista que se le considere. Aquellas tropas están ahora en condiciones de hacer frente con ventaja á cualquier contingente enemigo, por numeroso que sea.

El mérito de esas operaciones ha sido reconocido y debidamente apreciado por todos, habiéndose dado el caso, tan lógico como desusado en nuestro pueblo, de haberse medido la importancia de la empresa por los resultados obtenidos y el modo de lograrlos, y no por la sangre derrama-

da en su consecución. Apuntamos este hecho con vivísima satisfacción, porque el mérito no está muchas veces en relación con el número de bajas sufridas, sino todo lo contrario, y hora es ya de que no se confundan el riesgo y el valor, con el talento y las dotes de mando.

\* \* \*

Con anterioridad al envío á Melilla de la división Sotomayor, se habia planteado una cuestión, que importa examinar brevemente.

Nuestro ejército, que tan pródigo ha sido en todas las guerras en punto á la organización de cuarteles generales, parece haber caído ahora en el extremo opuesto, con menoscabo de los órganos de mando.

Para las cuatro divisiones que ahora tenemos en el Rif, no hay más que un teniente general; en el gran cuartel general no figuran un general en jefe de estado mayor, ni comandantes generales de artillería é ingenieros, ni representación de igual categoría de los cuerpos auxiliares; hasta el número de ayudantes es escaso. Dichas así las cosas y en el terreno de la teoría pura, parece que esa organización es defectuosa, porque si malo es pecar por exceso, no es menos funesta la falta de ruedas absolutamente necesarias en todo mecanismo.

Pero en la guerra no hay nada fijo ni inmutable en materia de procedimientos, y lo que es bueno en un caso puede resultar nocivo en otro, y recíprocamente. Aparte de que la división es unidad estratégica más netamente española y más adecuada á nuestras instituciones militares que el cuerpo de ejército, hay que atender ante todo al objetivo de la guerra, al modo especial de ser de nuestros enemigos y á los caracteres del terreno. En el Rif no son las unidades inmensas, de muchos millares de hombres, lo que hace falta, sino muchas columnas, relativamente chicas, que tengan gran movilidad y sepan moverse en combinación. Si por una parte el mando ha de ser único, siempre, y estar concentrado en una sola mano, por otra se impone la subdivisión de fuerzas, de lo que resulta, necesariamente, que el gran cuartel general no puede, ni debe, tener una organización tan amplia que, si bien estaria en armonía con los efectivos de cuerpos de ejército, acabaría fatalmente y aun contra su voluntad, por anular y absorber la relativa independencia de columnas más pequeñas.

Desde otro punto de vista, no se olvide que estamos aún en la labor de preparación, tanto más lenta cuanto más rápidos y decisivos hayan de ser los golpes finales; y que la acción militar lleva un rumbo seguro y fijo, organizando bases y líneas de operaciones, apartando del peso de las armas lo que buenamente cabe dentro de la esfera política, y concretando y aislando al verdadero adversario. No es esto la guerra, en la verdadera acepción del vocablo, y menos todavía una guerra europea. Acaso no se llegue á ella y en tal caso ninguna falta hará dar mayor amplitud á los cuarteles generales.

Pero si, lo que es más probable, el enemigo nos lleva á la guerra, téngase por evidente, más que seguro, que el mando dispondrá de todos los resortes necesarios, siempre en armonía con los caracteres del enemigo y del teatro de la guerra; porque cuando se han resuelto con grandísimo acierto tantos y tan diversos problemas para mantener, hacer mover y abastecer á un numeroso ejército en un territorio desprovisto de todo, hasta de agua, y en el que no poseemos una base de operaciones verdaderamente tal, no es cosa que deba preocupar á nadie la organizacion, en el momento oportuno, de un punto de detalle que no encierra en sí ninguna dificultad.

El envío metódico y sucesivo de fuerzas al Rif es otra de las cuestiones más dignas de elogio, digan lo que quieran los que manejan *in mente* grandes ejércitos en las mesas de los cafés. Así lo demostraremos en la crónica siguiente, á menos que ocurran antes sucesos de trascendencia.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

16 Septiembre 1909.

### GRANADAS DE MANO

Por considerarlo de actualidad, á propósito de haber publicado la prensa noticias y fotografías de los ensayos que en Ronda y Melilla han realizado los batallones de cazadores de Chiclana y Figueras respectivamente, vamos á exponer cuatro palabras acerca del empleo de este antiguo medio de guerra, desterrado de los ejércitos hace más de un siglo, y al que la reciente campaña manchuriana ha vuelto á dar carta de naturaleza entre los armamentos de los ejércitos modernos, como uno de los medios resolutivos del acto supremo del combate: el abordaje de las masas beligerantes.

Rusos y japoneses en la pasada guerra han hecho frecuente uso de las granadas de mano, ya al asaltar una posición erizada de espesa línea de bayonetas, ya al tratar de impedir que el enemigo se organizase para dar el asalto, al abrigo de los parapetos que disimulaban la colocación de las alambradas y pozos de lobo, ya en fin, al atacar caseríos y obras de fortificación, como hace notar el Teniente Coronel Neznamow, jefe de Estado Mayor de la 35ª división rusa, en sus observaciones acerca de la campaña, al tratar del ataque de los japoneses al reducto de la vía férrea Transiberiana, al sur de Liao-Yang, los días 20, 21 y 22 de Febrero de 1905, cuyo término así relata:

“De repente, á las once, cesó el fuego de artillería. Aún no se habían disipado el humo y el polvo (á cuyo favor los japoneses se habían concentrado en el camino á 50 ó 60 pasos del reducto y batería de sitio) cuando el enemigo se lanzó contra el reducto destruido y desde el foso exterior, pues las alambradas y demás defensas accesorias después de tres días de

cañoneo estaban destruidas por completo, lanzó granadas de mano al interior de la obra. Los reducidos restos de la guarnición, ensordecidos, envenenados por los gases y cegados por el humo desalojaron el reducto hombre á hombre y, protegidos por una compañía del 139, retiráronse á las trincheras de Han-tchen-pou.,,

El Ministerio de la Guerra francés publicó en 1908 unas instrucciones para el empleo de estos proyectiles por las tropas de infantería, artillería de plaza é ingenieros, y hoy tiene en estudio un nuevo modelo de granada.

El modelo japonés es esférico, de unos 0'06 m. de diámetro. Lleva empastados en azufre fundido un determinado número de balines, y tiene en el centro la cavidad necesaria para la colocación de la carga explosiva, constituyendo de este modo una granada de metralla.

Los rusos, que al principio de la campaña no la tenían, convencidos por la realidad de lo útil de su empleo en los momentos difíciles, improvisáronla con cartuchos de algodón pólvora, granadas cilindro-ovales con espoletas de percusión, etc.

La actualmente en uso en el ejército francés es de forma esférica, de hierro fundido; con un diámetro de 0'081 m. Tiene practicado un orificio de 0'019 m. para la introducción y ajuste de la espoleta, admitiendo una carga de 110 gramos de pólvora granular gruesa.

La necesidad de cómodo y fácil transporte, manejo y lanzamiento, exige para las granadas un límite máximo en su peso, que suele oscilar entre 1300 y 1400 gramos. La francesa cargada tiene un peso de 1200 gramos incluyendo la espoleta, y vacía pesa 1040.

Por el convenio de San Petersburgo de 1868, acordaron las Potencias contratantes el renunciar, *caso de guerra entre ellas*, al empleo por sus tropas de proyectiles explosivos ó incendiarios de peso inferior á 400 gramos (\*).

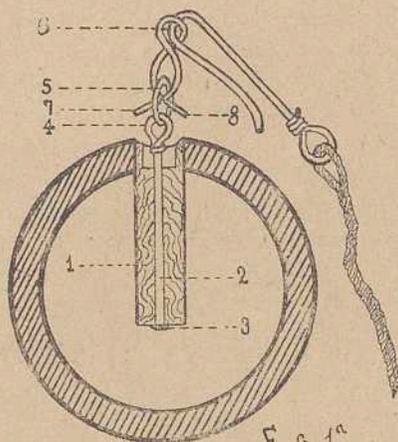
Con el fin de dar á la tropa la instrucción necesaria para el manejo de estos proyectiles, proporcionándole completa seguridad y al mismo tiempo poniendo los ejercicios en condiciones muy próximas á la realidad, existe un modelo llamado de instrucción, que además de armonizar estas dos condiciones al parecer opuestas, reúne la ventaja de ser sumamente económico.

La granada de instrucción es igual á la de guerra; solamente varía el artificio de dar fuego á la carga, esto es, la espoleta. Para que el peso de la granada de instrucción sea el de la de guerra, se la tra convenientemente antes de ajustar lo que pudiera llamarse espoleta de instrucción ó falsa espoleta, que consta de un cilindro de madera (1) atravesado en sentido del eje por un alambre, (2), cuyo extremo inferior se sujeta por el rema-

(\*) «Nociones de Derecho Internacional Público» por los Capitanes de Infantería D. A. García Perez y D. M. García Alvarez.

che 3, y el superior termina formando el anillo 4, en el que antes de cerrarlo se introduce un segundo anillo (5).

Un alambre de acero templado, forma una especie de muelle de dos ramas, presentando un ojo (6) y teniendo sus extremos (7, 8) doblados en ángulos rectos, cuyos vértices se hallan unidos fuertemente á causa de la elasticidad del conjunto. A los extremos doblados de las ramas del muelle se les da proximamente una longitud igual al diámetro del anillo 5, pues de ese modo en el punto de contacto de aquellos ha de descansar éste, sin que pueda ocurrir que por él pase ninguno de los extremos.



La espoleta de guerra, propiamente dicha, consta de un tronco de cono de madera, atravesado en sentido de su eje por un tubo de cobre de 0,004 m. de diámetro, en el que se distinguen, suponiendo la espoleta colocada verticalmente: Un alambre llamado frictor, cuyo extremo superior sobresale del tubo formando un ojo ó anillo, y es de forma prismática con las aristas picadas en el extremo inferior, que se halla empastado en una composición de fulminato de mercurio, al que sigue una composición de pólvora lenta, cuya cantidad está graduada para que su combustión dure cinco segundos. Sigue una poca cantidad de pólvora ordinaria de caza, separada de la anterior por un pequeño disco taladrado en su centro y, finalmente, el extremo inferior del tubo se halla obturado por una gota de cera. La cabeza de la espoleta tiene practicada una oquedad cilíndrica de unos 0,016 m. de diámetro por 0,004 m. de profundidad, en la que se oculta, doblándolo, el extremo del frictor, con objeto de que un golpe dado por negligencia no ocasione la explosión del fulminato de mercurio. Toda

la espoleta se halla envuelta por papel impermeabilizado y precintado en sus extremos.

Las operaciones preliminares que hay que ejecutar para llevar á cabo el lanzamiento de la granada son:

1.<sup>a</sup> Quitar á ésta, que ya tiene en su interior la carga explosiva, el tapón que impide la acción de los agentes exteriores y evita la caída de la carga.

2.<sup>a</sup> Colocar la espoleta á mano en la boca de la granada sin quitarle la envuelta, pero descubriendo el extremo inferior que á simple vista se reconoce dada la forma tronco-cónica que afecta el todo.

3.<sup>a</sup> Con ayuda de un prensa-espoletas, se sujetan éstas definitivamente, ó, si son roscadas, se aprietan con una llave de espoletas.

4.<sup>a</sup> El tirador se coloca en la mano derecha un brazaletes ó muñequera de cuero, que lleva sujeto, en la parte correspondiente al dorso, el extremo de un cordón llamado tirafrictor, que tiene un metro próximamente de longitud y termina en un gancho.

5.<sup>a</sup> Colocada la granada en la mano izquierda, se descubre la cabeza de la espoleta con la derecha rasgando la cubierta y quitándola de toda la parte que sobresale de la granada. Se endereza el frictor, colocándolo en prolongación del eje de la espoleta, con la precaución de no tirar de él ni forzarlo hacia el interior, para evitar la inflamación de la espoleta.

6.<sup>a</sup> Se pasa el gancho del tirafrictor por el ojo del frictor, y se traslada la granada á la mano derecha, de modo que la espoleta quede hacia atrás y el cordón tirafrictor cuelgue por la parte exterior.

Diepuesta así la granada, el tirador la lanza extendiendo el brazo en toda su longitud, y no retirándolo hasta sentir un tirón, en cuyo momento el frictor es arrancado de la espoleta, inflamando el roce de sus aristas dentadas la pasta fulminante, la que transmite el fuego á la composición lenta, y ésta, á los cinco segundos, lo comunica á la pólvora de caza, que funde el tapón de cera y, penetrando un chorro de fuego en el seno de la granada, determinase su explosión.

Si en vez de tirarlas á mano, se hace uso de honda, tiene ésta que tener un tirafrictor de unos 0'15 m. de longitud, en la rama cuyo extremo lleva el ojal para el paso del dedo medio, en sitio próximo á la parte denominada pala.

Las granadas arrojadas á mano, pueden caer á 20 ó 25 ms. del tirador, y si éste emplea la honda, puede salvar con ellas una distancia de 60 metros ó más, según su peso.

La granada de instrucción se lanza del mismo modo que la de guerra. En ella desempeña el papel de frictor el muelle ya descrito, que se engarza por presión en el anillo 5 de la espoleta, venciendo la resistencia de sus dos ramas.

Terminada la enseñanza de los tiradores con las granadas de instruc-

ción, se les adiestra en el lanzamiento de la de guerra sin cargar, colocando solamente la espoleta, pasando después á los ensayos con la granada completa. Para evitar en éstos posibles accidentes, se construye una trinchera cuyo trazado presente un saliente en la inmediación del sitio en que se opere, para poder resguardarse en él, en menos de los cinco segundos que dura la combustión de la espoleta.

De los accidentes que pueden ocurrir se libra el tirador fácilmente: 1.º Ocultándose tras el parapeto de la trinchera, evitando de ese modo el ser herido por los trozos proyectados por la explosión de las granadas que caigan cerca; 2.º lanzando rápidamente, de cualquier modo, la granada cuya espoleta, por negligencia en su manejo, se inflame en la mano, y 3.º ocultándose con prontitud en el saliente de la trinchera antes indicado, caso de caerse de la mano una granada y notar el tirador que su espoleta se ha inflamado. La inflamación de la espoleta se advierte fácilmente, porque el fulminato de mercurio detona.

Respecto al empleo táctico de las granadas, desde luego estamos conformes en que nunca serán utilizadas por tropas al descubierto.

Su eficacia depende, más que de los efectos materiales que pueden ocasionar, de la impresión moral que á la tropa produce el encontrar, en los momentos difíciles y culminantes del combate, resistencia y serenidad. El que esta impresión sea nula ó por el contrario conduzca á funestos resultados, hay que buscarlo en el grado de instrucción y educación que á las tropas se haya dado.

Existen encontradas opiniones respecto á la utilidad y empleo de este medio de guerra. El capitán ruso Soloviev, en su obra "Impresiones de un jefe de compañía" (guerra ruso-japonesa) dice: "Las granadas de mano han sido empleadas primeramente por los japoneses para rechazar nuestras cargas á la bayoneta. Sirven exclusivamente en el choque al arma blanca, tanto empleadas por las fuerzas del ataque, como por las de defensa. Arden con llama viva y rojiza, explotando con un ruido violento y proyectando un haz de balas. Las heridas que causan, tienen un carácter mucho más grave que las producidas por las balas de fusil. El defecto de estas granadas consiste en que se las puede apagar antes de haber estado, cosa que nosotros hacíamos cubriéndolas de arena."

"No hay que conceder, á mi juicio, una importancia muy grande á las granadas de mano en el combate á la bayoneta, teniendo en cuenta que, dada la rapidez del choque, no pueden producir gran efecto."

Para terminar, copiamos á continuación los casos en que el Reglamento francés determina su empleo: "La granada de mano se utilizará contra un enemigo situado al abrigo de los fuegos; bajo un escarpado; detrás de un parapeto ó en un atrincheramiento, detrás de un muro, en una casa, foso, ó, en fin, en un agujero donde sea posible lanzarle el proyectil."

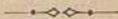
"Se empleará asimismo, en las acciones á viva fuerza empeñadas por

tropas de la reserva móvil contra las fuerzas sitiadoras; en el desarrollo de un sitio, se la utilizará en las salidas ó pequeñas correrías nocturnas que tienen por objeto el dificultar y destruir los trabajos de aproche del sitiador; en fin, en el momento del asalto, cuando el cansancio y tensión nerviosa quitan toda precisión al tiro, el defensor retardará el avance del asaltante y el momento de la lucha cuerpo á cuerpo, lanzando las granadas.

MANUEL SAGRADO MARCHENA

2.º Teniente del Regt.º de Inf.ª de la Reina n.º 2.

Córdoba, agosto de 1909.



### LAS MANIOBRAS IMPERIALES AUSTRO-HÚNGARAS DE 1908

Extractamos de la *Revue Militaire des Armées étrangères* las siguientes observaciones sobre las maniobras del ejército austro-húngaro en el otoño de 1908.

El partido rojo se componía de dos cuerpos de ejército, una división independiente y una división de caballería, y el partido azul tenía igual composición, dando un total de 90.000 hombres y 28 piezas.

Dejóse á los jefes de partido absoluta libertad de movimientos, así como para desarrollar las operaciones sin interrupción ni suspensión. A consecuencia de esto las tropas tuvieron que soportar grandes fatigas, llegando á recorrer la infantería 45 kilómetros por jornada en dos días consecutivos, y la caballería hasta 110 kilómetros para tomar parte en seguida en un combate.

Este nuevo sistema aumentó el interés despertado en las tropas por las maniobras; el convencimiento de que, á consecuencia del contacto permanente con el adversario, podía iniciarse un combate en cualquier momento, encendió un sentimiento muy parecido al que se experimenta en la guerra. Además, todos los jefes, incluso los de las menores unidades, se veían obligados, por lo inestable de las situaciones, á resolver rápidamente y á desplegar iniciativa. En compensación de estas ventajas, las tropas padecieron muchas fatigas, se resintieron los servicios y la acción de conjunto dejó que desear. Mucho contribuiría á que desaparecieran esos defectos el nombramiento de mayor número de árbitros, á pesar de que éstos eran 146, sin contar los auxiliares; de este modo se podría reemplazar lo que sólo puede existir en la guerra: la eficacia del armamento del adversario y la ignorancia del tiempo en que deben exigirse esfuerzos á las tropas.

La operación más saliente ejecutada por la infantería, aparte las largas marchas y la entrada inmediata en combate, consistió en un ataque nocturno, bien preparado y ejecutado, efectuado por toda una división con éxito completo.

La ametralladora Schwarzlose dió excelentes resultados, como arma robusta y de fácil y cómodo transporte y manejo.

La caballería hizo frecuente uso del combate á pie. Durante el ataque de la 2.<sup>a</sup> división de caballería contra la 33.<sup>a</sup> de infantería, los escuadrones de caballería echaron rápidamente pie á tierra y desplegaron en guerrilla, utilizando perfectamente el terreno y manejando bien la carabina. No hubo combates entre las dos divisiones de caballería. El servicio de exploración fué satisfactorio.

La artillería, que hasta fin de 1907 se conservó fiel á la tradición del tiro directo, se preocupó más de buscar nuevas posiciones y empleó, casi en su totalidad, el tiro indirecto desde posiciones cubiertas.

Se le reprocha haber contribuido poco, en algunos casos, á la acción de la infantería. Como consecuencia de las maniobras parece decididamente resuelta la supresión de la artillería de cuerpo.

Las tropas técnicas fueron insuficientes, y es menester reorganizarlas, dotando de más zapadores á los cuerpos de ejército, y creando un regimiento de telégrafos. También conviene estudiar estaciones de telegrafía sin hilos, que se instalen más rápidamente. Con la antena Seidl, de 40 á 50 metros de altura, se tardan dos horas en instalar una estación.

Los automóviles para grandes pesos cumplieron muy bien. El cuerpo de voluntarios automovilistas, creado en 1906, proporcionó muchos carruajes y demostró que era un órgano indispensable para el mando.

En cuanto á las cocinas de campaña, si bien dieron los excelentes resultados de los dos años anteriores, su colocación fué muy defectuosa, porque se las hizo formar parte del tren de combate y, por tal motivo, se detenían á menudo 10, 12 ó más kilómetros de las tropas, de manera que transcurría mucho tiempo antes de que la cocina pudiese cumplir su objeto.

La prensa austriaca recomienda se agrupen todas las cocinas de campaña como los trenes de combate, es decir, á distancia del enemigo, por brigadas, y cerca del adversario por división. Dichas cocinas marcharán á la cola de la brigada las de esta unidad, y las de división detrás de las secciones divisionarias de municiones. Durante el combate el escalón de cocinas podría agregarse á las secciones divisionarias de municiones enviadas delante, sin mezclarlo ni agregarlo nunca á las columnas de tropas, ni aun en el orden preparatorio de combate. De todos modos, las cocinas rodadas han hecho con excelente éxito sus pruebas definitivas, y su adopción para todo el ejército es sólo cuestión de que se disponga de los recursos necesarios.

Como observación final, puede afirmarse que la infantería y la caballería están bien instruidas y son maniobreras y resistentes. La artillería constituye el punto débil, porque está cambiando el material, que no ha podido aún estudiar y practicar para obtener de él todo el rendimiento posible.

## ESPAÑA EN MARRUECOS

La Tierra es un pavo real y Marruecos  
es su cola.—*Proverbio árabe.*

Galante invitación de la Junta directiva de esta culta Sociedad me trae á este puesto y preséntame ante vuestra benevolencia é ilustración; concededme, os lo suplico, tolerancia para mi atrevimiento; más que en la valía de mi escrito—exento de todo mérito—poned vuestro cerebro y vuestro corazón al calor de la idea que agita nuestros espíritus y revoluciona nuestros pensamientos añorando venturas del ayer y columbrando grandezas para el mañana que hoy nace entre turbonadas de humo y celajes sanguíneos.

*España en Marruecos* va á ser el objeto de mi tema; de antemano agradezco vuestra amabilidad en el honor que concedéis y en la atención con que me escucháis.

## I

¡Marruecos! Su enunciación despierta febrilmente nuestros atávicos ardores y recuerda leyendas portentosas que canta la poesía y pregonan bronceadas esculturas; su ayer espléndido perfuma nuestro hoy sanchuno é hipócrita aplastando desmayos femeniles y cobardes rebeldías; en el cóncavo de sus montes todavía se percibe el eco de marciales empresas, sugestivas por heroicas decisiones y saturadas de sublimes holocaustos.

Marruecos surge unas veces como asilo de asoladoras expediciones y otras como númen de una raza civilizadora; durmiente tras sus cantiles atrevidos ó impetuosa al compás de sus briosos corceles; su historia es una perpétua lucha contra la cristiana Europa; nunca, ni vencedores ni vencidos, han fusionado su alma intrépida con el alma generosa de sus adversarios; jamás, ni en las embriagueces de la victoria, ni en los ensimismamientos de la derrota, han acercado su corazón bravío al corazón noble de sus contrincantes; jamás, ni en días felices para su raza ni en horas aciagas para su destino, han consentido en cruzar su brazo con el brazo del nazareno para acrecer el aspecto coruscante de sus triunfos ó para llevar energía á sus rotas espantosas.

El imperio mogrebino tiene en su seno sedimento heroico de razas viriles, de pueblos conquistadores, de una civilización fundada sobre la fé y la espada; no es raza que se desmorona en el desastre porque se crece ante el peligro; no es pueblo que se disgrega ante el infortunio porque conserva incólume el valor; con la fe intacta y arraigadas sus creencias, alienta poderoso ese pueblo y esa raza sin que su tenacidad decaiga ni se extinga su bravura.

Nuestra proximidad á esa tierra ha sido causa de que los africanos hayan buscado en el hispano suelo escenario para sus sangrientas proe-

zas; é igualmente á las regiones mogrebinas fueron las huestes españolas sedientas de gloria y desposadas con el triunfo, ávidas de escarmiento y deseosas de ahilar á su aborrecido enemigo. En ese flujo y reflujo de luchas seculares, españoles y mogrebinos han impreso á sus razas idéntica impetuosidad, han injerto en sus luchadores parecido desprecio á la muerte, han creado en el alma de sus nacionalidades su carácter tan bravo como arrogante.

“Las venas nuestras—decía Castelar en 1888—están henchidas por sangre de todos los pueblos; nuestro idioma, nuestra literatura, encierran ideas de todas las conciencias; en nuestro suelo circula el jugo que alimenta todas las frutas europeas, y en nuestro subsuelo todos los metales que cuaja la luz en las entrañas de la tierra... Donde quiera que volvamos los ojos encontramos recuerdos del Africa y donde quiera que el Africa vuelva los ojos encuentra recuerdos españoles.

„El toque semítico de nuestra lengua sobrepuesto en el fondo latino, y que tanto recuerda los esplendores de nuestras mayónicas, africano es; la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombos no empecen cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí resuena en los labios también de los nabíes y de los profetas: la poesía exuberante, no sólo en Zorrilla oriental de suyo, no sólo en Góngora, criado y nacido á la sombra de las palmeras y bajo los aleros de las aljamas; en las epopeyas de Lucano y en las tragedias de Séneca clásicas, al Mogreb huele, como los romances moriscos resonantes por las torres del Albaicín y por las escaleras del Generalife; y no quiero hablar de nuestra historia, porque Africa grita Alfonso el Batallador al asomarse por las vestas de nuestras cordilleras béticas; Africa, dice la canción de Gesta, donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestra reconquista; Africa, cantan los feyes peninsulares postrados de hinojos en los altos de las Navas al cantar el Te-Deum de su triunfo; Africa, Isabel la Católica en su testamento; Africa, Cisneros en Orán; Africa, Carlos V en Túnez.....

Intereses geográficos dimanantes de nuestra posición en el Mediterráneo é intereses históricos consecuentes de nuestra magna epopeya de la Reconquista nos pusieron siglos atrás frente á Marruecos; espadas victoriosas y geniales caudillos idealizaron en los campos africanos la vehemencia del pueblo cristalizada en alentadoras melodías y en fascinadores entusiasmos; la fe católica y el fervido honor sirvieron de guiones á las huestes patrias para ofrecer á la España de los Reyes Católicos un cántico de honda poesía y enérgica dulzura. “E ruego é mando—dice Isabel I en su lecho mortuorio—á la Princesa, mi hija, y al Príncipe su marido, que sean muy obedientes á los mandamientos de la Santa Madre la Iglesia, e protectores e defensores della, como son obligados; e que no cesen de la conquista de Africa e de puñar por la fe contra los infieles....”

La política de los Austrias significa el olvido más completo para nuestros seculares derechos histórico-geográficos sobre Marruecos; en vez de extender las estratégicas posiciones de Larache, Tánger, Ceuta, Velez, Alhucemas, Melilla, Orán, Bugia, Bona y Bizerta, aquellos Monarcas concretáronse á una pasiva defensa contra la piratería mora; en lugar de atender esos centros rodeándolos de amplia zona de influencia y ejerciendo desde ellos una ofensiva resuelta y enérgica, convirtieronlos en nidios pétreos donde durmieron sus guarniciones al arrullo de quijotescos delirios y de deslumbradoras bazarrias.

La política de los Borbones no fué menos funesta que la de sus antecesoros para los intereses de España en Marruecos; la ineptitud de nuestros representantes en este imperio, la torpeza del Gobierno de Madrid, la carencia de una política africanista en la opinión pública y el establecimiento en nuestras posesiones de vastos presidios anularon por completo la fama que nos dieron legendarias empresas y viriles arrestos; esa política deshizo una influencia heroicamente adquirida y fieramente impresa en el libro de la Historia; de aquellas épicas luchas, nacidas al calor del cristianismo, tan sólo quedaron recuerdos poéticamente narrados é intensamente sentidos.

Herederos naturales del Africa, fuimos el año 1859 á sus sombrías quebradas y á sus valles odorantes; hazañas portentosas y gigantescos episodios perfumaron la enseña patria y enloquecieron de alegría y de orgullo á las madres de los combatientes, á las esposas de los luchadores; desde Ceuta hasta Tetuán y desde Wad-Ras á las riberas mediterráneas toda una legión de bravos adalides esmaltaron los anales patrios con su constante abnegación y con probada lealtad, tiñendo con sangre generosa el camino de su gloria.

Sierra-Bullones fué el premio á tan porfiada campaña, en la que el mando se cubrió de laureles y la obediencia se destacó nacarina y sugestiva; Sierra-Bullones fué la recompensa á tanta sangre vertida, á tanta esperanza satisfecha; Sierra-Bullones era la joya puesta por el ejército victorioso en las sienas de su Patria. "S. M. el Rey de Marruecos—dice el artículo 1.º de las Bases preliminares para la celebración de un Tratado de Paz—cede á S. M. la Reina de las Españas á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones hasta el barranco de Anghera.,.

Por desgracia para España, Sierra-Bullones que habian ganado nuestros soldados, con su energía moral y los oficiales con serena impavidez, quedó en poder de la vencida morisma; tantas meses de lucha tenaz contra fanatizados adversarios redujéronse á irrita recompensa y á sarcástica concesión; las ganancias de aquella campaña, exuberante en grandezas, perdiólas la diplomacia en una hora aciaga é incomprensible. ¡Cuánta amargura se condensa en la frase de que hicimos una guerra grande para recoger una paz chica!

La guerra de 1859-60 iluminó momentáneamente el suelo hispano recreando el alma de la raza con leyendas de antaño y con benditas locuras; la contienda de 1859-60 resucitó en España el problema africano permitiendo anudar con heroicos estoicismos las glorias de O'Donnell con las proezas de Cisneros, las embestidas de Prim en los Castillejos con los asaltos formidables de Pedro Navarro sobre el Peñón de la Gomera.

En aquellos años de feliz recordación para España lanzaba Cánovas estas palabras, tan ajustadas al problema que se ventila en los campos rifeños: "Hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Mogreb, y la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de las orillas del Estrecho de Gibraltar antes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestión de vida ó muerte; no vale olvidarla; no vale volver los ojos hacia otra parte. El dia de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está nuestra frontera natural, que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico..."

Apagados los entusiasmos que produjeran las victorias de Tetuán y Wad-Ras, olvidados los heroísmos de aquellas tropas y enmohecidos por la indiferencia los trofeos de tan brillante campaña, volvimos la espalda al imperio mogrebino; y más torpes que criminales abandonamos á la codicia europea los beneficios morales y materiales que abundantemente cosechó la espada de O'Donnell.

A medida que nos alejábamos de Marruecos para implorar una sonrisa de Europa, ingleses y franceses clavaban sus ojos en el imperio del sol poniente escudriñando con avidez sus inmensas riquezas; en tanto, España exportaba presidiarios y caminaba rápidamente al ocaso de su prestigio militar, otros pueblos europeos sondaban los mercados y acrecentaban su influjo con visiones de fuerza ó con la prianza de sus productos; y mientras esas naciones pugnaban por acaparar los zocos marroquíes, con hábil política y feroz energía, España dormitaba en sus míseros islotes y en sus menguadas plazas alternando tristemente el ¡quién vive! del centinela con el pausado sonar de la cadena presidiaria.

Sin política proteccionista y sin elementos defensivo-ofensivos asistió España en Melilla á los luctuosos días del año 1893; tantos siglos de errores los redimió como siempre la heroica sangre del pueblo; una vez más admiró el mundo entero la valentía de nuestra raza, su generoso perdón para los que la mancillaron con su gobierno y con su punible indefensión; una vez más irguióse nuestra milicia con sus virtudes radiosas, con sus sacrificios numantinos, con su muerte ejemplificante.

Pasados aquellos tenebrosos días el problema africano empezó á esfumarse en la prensa y á discutirse en cultas Sociedades; ¡había sido preciso —triste es decirlo— el azote de la desgracia para volver los ojos al Africa, á la tierra do alcanzaron las tropas de O'Donnell inmarcesibles laureles!; ¡había sido preciso el latigazo de la derrota para despertar el alma patria y retrogradarla á luminosas épocas en las que tanto abundaron escritos de este temple: "Ahora se ha de conocer el corazón de tantos hombres de honra y de vergüenza; no hay sino apretar los puños cerrando con los moros, y sepa el mundo que ese fuerte tiene hombres con bigotes y cabo de reputación que lo manda; no hay otro camino para excusar la muerte que exponerse á encontrarla con rostro alegre. Primero abrasados y hechos polvo que vencidos, pues en guerra contra bárbaros infieles no puede hacerse otra cosa á fuer de buenos católicos y españoles.,!" (Elocuente carta dirigida por el Alcaide Moreno, en 1682, al comandante de un fuerte situado en tierra firme frente al Peñón de Vélez de la Gomera.)

El acuerdo franco-español de 3 de octubre de 1904 y la Conferencia de Algeciras de 1906, encuadran nuestros derechos y nuestras aspiraciones; la equidad internacioaal, más solícita á las exigencias del poderío militar que á la razón de nuestra antiquísima herencia, nos ha reservado en Marruecos inmensa faja de terreno que comprende desde Ceuta al Muluya y desde el Atlas rifeño á las rompientes mediterráneas; territorio de inapreciable valor que, en poder de Francia, se convertiría en un segundo Pirineo tan funesto para los elementos vitales de España como amenazador para su integridad territorial.

"¿Qué sería de España—decía Coello en 1884—el día en que otra nación poderosa ocupase las costas y territorios que tenemos tan próximos! Nosotros podemos ver con tranquilidad que flote al lado de nuestra bandera en las costas de Africa que dan al Mediterráneo y al Occéano, la de una nación independiente, ó sea el pabellón marroquí; pero creo que la dignidad española no puede consentir que el de otra Potencia, que no sea Marruecos, se levante en esas costas. Es esta, sin duda, una cuestión de honor nacional para España; y la veo tan alta, tan interesante, que á mis ojos, la ocupación por una Potencia extraña de un punto en las costas de Marruecos, sería para nosotros una mancha tan grande como si se tratara de un pedazo de nuestro propio territorio....."

## II

A modo de simbólicas atalayas que nos invitan á registrar el misterio de los riscosos campos africanos, cuenta España con estratégicas plazas en el litoral mogrebino; su historia ha sido un continuo pelear y una perpetua intranquilidad; tras los muros de esas fortalezas ha dormitado el espíritu patrio sin que osara desperezarse por los montes próximos y los valles inmediatos; y en tanto Francia ensanchaba lenta y sólidamente las

primeras conquistas de Bugeaud, España permanecía acurrucada y soñolienta en sus peñascos africanos.

Santa Cruz de Mar Pequeña, isla del Peregil, Alhucemas, Vélez de la Gomera y Chafarinas ofrecen el triste ejemplo de nuestro mortecino aislamiento, de nuestra suicida política africanista; tras el esfuerzo que costó adquirir esos pedazos de tierra africana vino luego un abandono vituperable, precursores del desdénamiento de nuestros históricos derechos.

En la costa atlántica, frente á Lanzarote, el artículo 8.º del Tratado de Wad-Ras nos cedió á perpetuidad el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña; elegido el terreno en 1878 por una comisión hispano-mogrebina, demostrada su importancia geográfica y sus ricas pesquerías, parecía natural que allí acudiese el Gobierno con su protección y la industria con sus elementos avizoradores; nada se hizo en dicho sentido y hoy ignoran los naturales del país—y no pocos españoles—que España posee unas cuantas leguas cuadradas que se desarrollan entre pintorescos valles, suaves montañas, un regular fondeadero, el manso río Ifni y una costa mitad acantilada mitad arenosa.

A seis millas de Ceuta y media de la costa, entre Punta Leona y Punta Almansa, se encuentra el islote del Peregil ó la Taura de los árabes; bordeado de arrecifes y cubierto por enmarañado paraje de raquíticas encinas y olmos decadentes, no tiene otra señal de vida que las millares de palomas que atolondran el espacio cuando algún curioso pone la planta en tierra para recordar el sitio donde sentábase Ulises para gemir de la mar infecunda.

Las codicias internacionales han evidenciado la importancia de la escarpada isla del Peregil, cuya tierra superior hállase á 74 metros de altura; Inglaterra en 1808, guarneciéndola y artillándola; Norte América en 1836, pretendiendo su compra para establecer en ella un depósito de carbón; Marruecos en 1887, reclamando contra el derecho de España para erigir un faro; y la prensa de Roma y de París en 1894, acogiendo el rumor de que el Sultán había cedido á Inglaterra sus derechos sobre la susodicha isla, patentizan que es una posesión que debemos conservar y convertir en foco comercial.

Solamente en dos ocasiones ha ejercido España su soberanía sobre la isla del Peregil: una en 1808, con motivo de la expedición anglo-española enviada por las Cortes de Cádiz á instancias de Inglaterra y cuya ocupación duró nueve años; otra en 1877, cuando una comisión recorrió la isla señalando con jalones de hierro provistos de los colores nacionales el emplazamiento que se iba á dar al faro. En 1817, Fernando VII mandó retirar la guarnición; en 1887, el Representante español en Tánger toleró que por tropas marroquíes fuesen arrancados aquellos signos que delataban el altruismo de nuestra Patria.

Sobre amplia y hermosa bahía sobresale Alhucemas; en esta isla, de

mermada guarnición y reducido perímetro, anidó el alma patria en la severa dignidad de sus guardianes que sin dasmayos ni egoísmos atronaron los aires con sus gritos triunfales y con sus áureas canciones; el espíritu agresivo y altanero de antaño agítase dormijoso en las entrañas de Alhucemas, aguardando una espada que reanude magnificencias y excelsitudes de nuestro poder; sin comercio que le prestigie y sin política que la oriente, Alhucemas ha sido y es el testimonio de nuestro apocamiento en el problema mogrebino.

ANTONIO GARCÍA PÉREZ  
Capitán de la Academia de Infantería,  
con aptitud acreditada de E. M.

(Concluirá.)

## BIBLIOGRAFÍA

*Nota bibliographica* em ordem chronologica, das obras existentes na bibliotheca da Escola do Exercito, que mais ou menos extensamente tratan da Guerra Peninsular, ou com ella se relacionan, por Francisco Augusto de Magalhães, Capitão de infanteria. Lisboa, 1909.—52 páginas (17×12).

Preciosa contribución á la bibliografía de la guerra de la Independencia. Contiene los títulos, nombres de autores, fechas, etc., de 102 obras, memorias, documentos y retratos portuguesas, 79 francesas, 15 inglesas, 5 españolas, 1 alemana y 2 italianas; figuran también la lista de numerosas órdenes del día, instrucciones, reglamentos, etc. y una indicación de los periódicos portugueses que publicaron trabajos relacionados con aquella gloriosa guerra.

Reciba el Capitán Magalhaes nuestro cordial saludo, por su útil y patriótica labor, agradeciéndole el envío de su folleto.

*Les Pistolets automatiques*, par G. Vander Haeghen, Ingénieur des Arts et Manufactures. Liège (sin indicación de año), 95 págs. (21 × 14) con 72 grabados.

Es este libro un tratado completo de pistolas automáticas, en el que en forma clara y racional se estudian, aislada y comparativamente, más de veinte modelos, todos modernos y recientes. El método expositivo se aparta bastante de lo acostumbrado en este género de estudios, lo que decimos en elogio del autor, porque su obra es, á nuestro juicio, una de las mejores y más completas que se han escrito sobre el asunto. La abundancia de figuras y el corte práctico de las explicaciones, avaloran aún más el texto, que recomendamos vivamente á nuestros lectores, seguros de que la lectura de aquel ha de serles muy provechosa.